

# Patatas con barro

Sebastián Celtigar



Image not found.

# Capítulo 1

## **Patas con barro**

Esta historia le ocurrió a un adolescente, que recién cumplida su mayoría de edad, se adentró en las fauces del mariconeo.

El día de su cumpleaños celebró junto a sus amigos y familiares, cada uno de ellos les había traído un paquetito demostrado el cariño que le tenían. Su madre había hecho el esfuerzo de comprarle un par de zapatillas Nike estilo urbano, que le había costado una parte considerable de su escaso sueldo de fin de mes. Se la entregó envueltas en papel de regalo y junto con un besito que decía "te amo hijo, cuídalas mucho"

Esa noche, después de terminar de festejar junto a los suyos, comenzó a planificar una salida nocturna con un chico que hace meses le escribía. El cumpleaños, con ganas de demostrarle al mundo su mayoría de edad, tomó coraje y aceptó salir esa noche.

Se duchó por media hora, se jabonó cada rincón de su cuerpo, aun virginal, se perfumó con una de las botellas que le regalaron esa tarde. Se puso sus mejores prendas, y por supuesto, sus zapatillas nuevas, de color celeste y media caña, que emitían el brillo típico de objeto recién salido de caja.

Tomó el colectivo a eso de las diez de la noche. El chofer se percató de su semblante, y le preguntó – *y para donde va tan perfumado, amigo mío* – el muchacho nervioso, solo atinó a inventar una historia con una mujer que jamás existió. Se libró de las preguntas incómodas al momento de llegar a su destino, pagó su pasaje y se marchó con un "buenas noches".

Cuando llegó a la plaza, notó que estaba lleno de jóvenes que venían a tomar un copete. Los envases de chela y ron estaban esparcidos por todo el césped. Se asustó al darse cuenta que la mayoría de ellos ya estaban ebrios, le gritaban "*weon pao*", "*pendejo de mierda ándate para tu casa*" y la peor de todas "*te dejaron plantado culiao, ten dignidad*". Cansado de escuchar insultos salió corriendo a la pajarera, se sentó en lo alto mirando si aparecía su hombre.

Cuando ya habían pasado varios minutos, su hombre se dignó a aparecer por la plaza, lo saludó de apretón de manos junto con un cálido abrazo. Ambos habían discutido del lugar en donde sería la supuesta "cita", habían descartado de inmediato la plaza, por la cantidad de lolos que había a altas horas de la noche y de seguro los borrachos seguirían molestando.

El cumpleaños, quien era inexperto en el arte de maraquear, no supo que decir, y solo se limitó a aceptar el lugar que se le ocurriera a su

acompañante.

Caminaron asustados por las poblaciones más marginales de la ciudad, barrios peligrosos en donde el narco era protagonista. Caminaron apurados, pendiente de sus pasos y sin hacer tanto ruido, para evitar ver a un enemigo sospechoso que los asaltara o les preguntara que hacían por sus calles. El transitar por esas veredas de tierra húmeda los conducía a la periferia de la ciudad, al río que dividía la urbe, ese era su lugar de encuentro: la ribera del río.

El par llegó a la calle donde se terminaban las casas poblacionales, tenían el río en sus narices, pero vieron que para adentrarse en el afluente, debían pasar por un monumental cumulo de basura. La gente del barrio había hecho de ese lugar una especie de vertedero. Primero eran cajas y bolsas de plástico, después, mas adentro habían materiales de construcción, como palos, concreto y planchas de zinc. Al ver esto el muchacho dirigió su mirada en sus gloriosas zapatillas Nike, de alguna u otra forma, el atravesar ese montón de mierda terminarían manchando su calzado. Pero la calentura fue más fuerte, no le importó nada al momento de seguir los pasos firmes que daba su acompañante. Atravesaron el basural y caminaron por la orilla del río, un camino improvisado que estaba delineado con grandes piedras, más allá de ese camino se veía como corría el majestuoso río, en una noche en que la luna provocaba un brillo en la superficie del agua. Estaban parados, a solo pasos de la corriente, la tierra era blanda y por el aroma del lugar, se podía sentir la humedad en el aire. – *Huele a algas*- dice el cumpleañosero, asqueado y asustado del lugar en donde se encontraba. Su acompañante, parecía que podía darle un tour por el río, confesó que no era primera vez que traía a un chico para estos lados, era costumbre hacer de este lugar, el punto en donde se reunían los jóvenes a bajarse la calentura.

Dieron rienda suelta a sus deseos carnales, sin importar la incomodidad del lugar, imaginaron que estaban en un motel con ambientación playera. Se hicieron de todo, se hurguetearon la ropa del otro, lamieron el cuerpo del otro, besaron la boca del otro, y el cumpleañosero cabalgó al otro. El acto sexual no duro más de treinta minutos, la hicieron a la rápida. Después se quedaron un rato conversando al ladito del río, con el culo cuadrado por las piedras del suelo, y el olor hediondo que emergía de los pozones cercanos. Empezaron a hablar de muchas tonterías: recuerdos infantiles, muertos que cargaban en sus penas, sus pasatiempos, todo, absolutamente todo, al parecer el sexo los había desinhibo el uno del otro.

Cuando creían que se encontraban en completa soledad, empezaron a escuchar ruidos a lo lejos, pensaron en primera instancia que se trataba de algún perro callejero. Pero el ruido se transformó en pasos, fue ahí cuando vieron como las sombras estaban bailando entremedio de los arbustos, para inmediatamente tomar forma de cara cadavérica. Los

muchachos se tomaron de la mano y se pararon de inmediato – *ison pasteros que viven en el río weón corre!*- gritó el guía asustado. Empezaron por el mismo camino de tierra, pero la adrenalina y el temor hicieron que corrieran en dirección contraria al lado por donde habían entrado.

Estaban motivados, parecían dos velocistas en la final de la carrera, pero los pasteros no se quedaban atrás, sus cuerpos flacuchos tomaban energía desde la angustia, por la abstinencia de no contar con su "*caspa del diablo*". – *¡Vengan por de maracos, ya los pillamos!*- gritaban los angustiados desde un poco más atrás. Cuando la pareja se dio cuenta que el camino se hacía mucho más angosto, el guía turístico del río ordenó que se separan, influenciado por el temor a que lo descubrieran con otro hombre. El cumpleaños tomo el peor camino, mientras más avanzaba, mas sentía como sus radiantes zapatillas se eclipsaban con el barro. Cada paso que daba era soportado por una tierra menos firme.

Cansado corrió por minutos, las voces de los pasteros seguían repercutiendo, sentía que jamás podría perderlos de vista. Al final comenzó a ver luces de las casas de la población que había atravesado horas atrás, pero para llegar allá, tenía que pasar por un pequeño cause de agua que cortaba el camino. Sin pensarlo mucho tomo vuelo y saltó, o pensó que eso haría, porque al apoyar su pie en el barro su cuerpo se vino adelante y cayó directo en el agua, mojando su ropa y ensuciando aún más sus zapatillas nuevas. El golpe de la caída le dolió, lo dejó aturdido en medio del barro. No se podía poner de pie, se sentía muy confundido. – *Párate culiao*- trato de decirlo fluidamente el pastero, de no haber sido que las palabras se enredaban, producto de que su mandíbula estaba desencajada por la droga.

Eran dos pasteros, con sus caras chupadas y cadavéricas producto de la *caspa del diablo*, sus ojos estaban rojos y transmitían una mirada de violencia. El más angustiado de los dos, se estaba comiendo las uñas mientras observaba la ropa del joven, pensó un rato, hasta que ordeno que se quedara solo en bóxer. El jovencito, conteniendo sus lágrimas de vergüenza, comenzó a sacarse su ropa mojada de manera muy lenta. – *apúrate po' maraco, si te demoraste caleta en cansarte*- le dijo el delincuente mientras tironeaba al joven. Trató de sacarse el pantalón con las zapatillas puestas, pero los pasteros no tuvieron piedad, obligaron desabrocharse los cordones, para luego deleitarse con el trofeo que habían conseguido. Las lágrimas del joven no aguantaron más, cayendo una tras otra, en un llanto infantil. Los delincuentes no soportaron tal espectáculo y, a patadas en el trasero ahuyentaron a su víctima.

Excelente forma de terminar una celebración de cumpleaños, asaltado por culpa de la calentura. Caminó de vuelta por toda la población, a pies descalzos y con sus manos tapando el miembro. Recorrió varias cuadras aguantando el frío, el dolor del pisar y por sobre todo, la vergüenza del

acto. En una esquina, una señora que fumaba un cigarrillo afuera de su casa, vio al joven y corrió de inmediato en su búsqueda, le paso su chaqueta y lo invito a pasar a su casa. La señora con cara de preocupación le pregunta

- *¿Qué le paso mijito?*

- me asaltaron en el río señora... quede sin nada- respondió la cola adolorida.

La señora volvía a encender un cigarrillo, su cara de piedad se transformó en enojo y reto al joven- *eso te pasa por ir a putear al río po' cabrito-*

Finalmente la señora le prestó ropa de su hijo, que tenía similar medida, llamo un radiotaxi y despacho al joven. - *Yo que tú cabrito, me voy todo el viaje pensando en la mentira que les dirás a tus padres-* habló la vieja al momento de cerrar la puerta. El lolo meditó pegado en la ventana del automóvil, trataba de inventar una excusa, pero en su mente no había nada más que - *y las zapatillas, las zapatillas, que voy a decir por las zapatillas...-*